

LA ILUSIÓN DE MALENA

Comenzó a reaccionar muy lentamente, todavía no tomaba conciencia de lo que había ocurrido, abrió los ojos muy despacio tratando de escudriñar su entorno. Sentía un fuerte ardor en la boca del estómago, el mismo que sufría desde niña, cuando tenía una experiencia límite. Miró a su alrededor, todo estaba muy oscuro y confuso. Al final de ese túnel en el que estaba inmersa se veía una luz. Comenzó a caminar, mientras el taconeo de sus zapatos resonaba en ese sórdido lugar. Mientras tanteaba las paredes se esforzaba por recordar, qué había pasado... Llegó a la tanguería pasadas las once, tacones bien altos, medias de red, faldita negra y aquella blusa de seda color púrpura, ampliamente escotada, donde gustaba asomar sus armónicos e imponentes pechos. Labios pintados a fuego y las líneas de los ojos bien marcadas.

Se acercó a la barra, como lo hacía cada noche y con un susurro sensual y femenino pidió una caña. El mozo, que ya la conocía, a pesar de la tenue luz le sirvió el trago- se la saluda niña Malena- y ella lo bebió a fondo blanco. Fue en ese preciso instante que advirtió la sombra de su misterioso acompañante. Estaba muy cerca, hundido en la penumbra de aquella barra que soportaba un desteñido mármol, bebía en silencio, casi como un fantasma. En el aire flotaban las notas de un tango arrabalero, festejadas por algunas parejas que danzaban su ritual de humo y abrazo en el centro de la pista. Intentó mirarlo de reojo y pudo advertir su pinta en un traje oscuro, zapatos negros charolados, camisa blanca, corbata al tono, impecablemente afeitado y cabello cuidadosamente engominado. Sus ojos eran muy profundos y había en su mirada amable una rara mezcla de firmeza y misterio. Ella no pudo resistirse, con semejante varón ¡qué mujer lo haría!. El la tomó del brazo con un gesto seguro y la llevó hacia la pista. Ella no salía de su asombro, ahora

que podía verlo claramente, no cabían dudas sobre quién era, pero aceptarlo era una locura. Comenzó a rezongar un bandoneón y ya no tuvo tiempo para cavilaciones, el duelo había comenzado. La atrajo contra sí, sus mejillas se juntaron, (qué cálida es su piel pensó), mientras piernas y brazos se alzaron como cuchillos cortando el ritmo del dos por cuatro. Tensión, reposo y el típico balanceo de los cuerpos entre pasos y quebradas. Cómo no dejarse llevar, si aquél varón sabía de tango y de mujeres. Ninguno la había hecho sentir así, tan hembra con sólo mirarla a los ojos y envolviéndola en la danza. La proximidad de su cuerpo la había excitado, tenía ese olor tan particular que solamente tienen los hombres de verdad. Sentía su aliento muy cerca, y la palma de la mano clavada en su espalda. Era ese roce sutil y a la vez seductor que tiene el tango. La música era el marco perfecto de aquél momento, todo parecía un sueño, todo parecía irreal.

Estaba tan ensimismada y abstraída que no advirtió que la pista había comenzado a girar como una calesita, creyó que se mareaba por el efecto de los tragos que había bebido. Él aún estaba ahí, abrazándola, llevando el paso del último tango que hacían sonar. Tiernamente con el particular brillo de su voz, acercó la boca a su oído y comenzó a cantarle casi en secreto, el tango que la nombraba. Toda su vida se había identificado con esa letra. Ella era *como ninguna*, única y *cada verso* lo vivía, lo immortalizaba con su existencia, porque siempre le puso el *corazón* a las cosas. El sonido del fuelle la llenaba de nostalgia, tal vez porque tenía que ver con los amores que le habían pasado por al lado, apenas rozándola, dejando rastros y tristezas. “*Tus tangos son criaturas abandonadas*”, ¡cómo le gustaba esa parte!, pero a su vez le dolía, tal vez porque no había tenido hijos, y sabía que el tiempo iba pasando, condenándola fatalmente a su existencia milonguera. “*Cuando todas las puertas están cerradas*”, como tantas veces se había enfrentado con la

necesidad y el dolor, pero aún con la voz *quebrada* se las aguantó, porque así eran las minas como ella, de fierro. De pronto sintió sus labios húmedos, que habían dejado de cantar, para besarla. Ella también lo besó apasionadamente, fueron acariciándose hasta quedar tendidos en el suelo de la pista. Tangos y milongas seguían sonando, un humo espeso como neblina los rodeaba, dudaba si estaba en la tanguería realmente, pero no le importaba, solo quería sentirlo. Como poseídos comenzaron a quitarse la ropa y sobrevino una tempestad de caricias y erotismo. Estaban a punto de fundirse el uno con el otro, cuando inesperadamente todo comenzó a esfumarse. La figura de él se fue desintegrando, como ocurre en esas películas de efectos especiales. Mientras a ella la invadió una sensación de vacío dejándola exhausta y aturdida frente a esta debacle. A la distancia, tal vez desde otra dimensión, comenzó a escuchar la voz del zorzal, que le cantaba “**no habrá ninguna igual, no habrá ninguna...**”.

Salió nuevamente al salón y recordó que el pasillo por donde caminaba, conducía a los baños del local. Lamentablemente, siempre tenía el bombín quemado, por lo que se convertía en un túnel interminable. Se acercó al bar, todo parecía normal, las parejas danzaban en la pista, y el humo y la penumbra enmarcaban una típica postal arrabalera. De soslayo miró la barra, nada parecía fuera de lo común. Sólo llamó su atención un viejo retrato que permanecía colgado en la pared de atrás, en el cual asomaba, sonriente, la cara de Carlitos.

Jorge Benegas